

PRÓLOGO

Conozco a Mellado desde el cole y digo Mellado porque hasta hace un par de años no supe que su nombre de pila era Agustín; ni yo ni la banda de impresentables que fuimos creciendo juntos en los escolapios. Mejor para él, porque AGUSTÍN es uno de esos nombres que, en manos de adolescentes descerebrados, enseguida dan pie para la broma fácil. No lo había vuelto a ver desde que nos disgregamos para ir a triunfar, con desigual fortuna, en lo que supuestamente nos gustaba.

Hace cosa de un año, pillé un taxi muy de madrugada y el conductor, nada más entrar, me soltó: «¿A dónde vamos, Mir?». No era Mellado, sino Vidal, el listísimo de la clase y, según todos los profesores, el modelo humano que habríamos tenido que seguir en caso de que, entre nuestras expectativas de futuro, estuviese la de lograr el éxito profesional.

Vidal (cuyo nombre de pila desconozco) me llevó a casa por el camino más largo posible, lo que le permitió explicarme que ninguna de las cinco carreras en las que se había doctorado le había dado las alegrías prometidas y que, al final, dando tumbos de un empleo a otro, acabó haciendo el taxi, donde descubrió la noche, la vida real y un montón de cosas que nunca le enseñaron en la Facultad de Psicología. Estaba tan emocionado y lo explicaba tan vehementemente que hasta estuve a punto de decirle que me pensaría lo de

invertir en PSICO-TAXI, un negocio que se había inventado para gente con prisa que combinaba el servicio del taxi con sesiones de terapia a cargo de los propios conductores; por suerte, cuando ya me estaba pasando una copia del Business Plan, el tema derivó hacia los ex alumnos y repentinamente me vi convocado —«no puedes decir que no»— a una de esas cenas en las que unos señores recuerdan unas anécdotas que nunca ocurrieron. Allí volví a encontrarme con Mellado.

Mellado no había cambiado, estaba igual: desgarbado, soso, gordo, introvertido y en un rincón. El Mellado de toda la vida, el Mellado que iba justo por delante de Mir en la lista alfabética, el Mellado con el que había compartido tantos pupitres, el Mellado con el que hice mis primeros novillos para ver *El amante del amor* de Truffaut, una película imprescindible, según él, en un cine de reestreno. El Mellado con el que compartí tres fines de semana de castigo por haber hecho novillos. ¡Mellado! Una persona de la cual lo desconocía todo y por la que sentía un cariño inmenso. En una esquina de la mesa, ajenos al «cualquier tiempo pasado fue mejor», nos pusimos al día de nuestras respectivas insatisfacciones vitales, soñamos con nuestros proyectos posiblemente irrealizables y coincidimos en que la mejor época de la vida es aquella en la que no se concibe el fracaso.

Hablamos de muchísimas cosas, tantas que al final me confesó que, animado por Vidal durante un trayecto en taxi,

estuvo tomando sesiones de psicoanálisis, pero que las había dejado cuando descubrió que escribir un diario personal era la mejor de las terapias posibles.

Después de aquella cena seguimos viéndonos y, no sé exactamente por qué, acabé leyendo ese diario que le había cambiado la vida: más que un librito de comunión, parecía una de esas libretas de apuntes del cole que, en sus manos, siempre acababan el curso rellenas de dibujos y textos prolijos sobre contundentes reflexiones vitales. Era Mellado en estado puro. Me divertí tanto leyendo sus elucubraciones que conseguí, con la excusa de que el Mellado de hoy era capaz de ver con una perspectiva cómica al Mellado de ayer, que me dejase presentárselo a un editor amigo y el resultado, ya lo ven, es este libro que resume todas las neuras publicables del diario personal de Agustín Mellado; unas neuras que, estoy convencido, a más de uno le sonarán más que familiares.

Paco Mir
Barcelona, 2015